

DISCURSO del Presidente de la Academia, Doctor Luis Rivero Borrell leído en la Sesión Solemne del día 1º. de octubre de 1931.

A VECES una voz débil, una voz de escasa autoridad, una voz no enmarcada por el resplandor de una opulenta floración científica, ni engalanada por la habilidad literaria que sabe vestir de ropas principescas aun los conceptos más sencillos; y dar realce con apariencia majestuosa a lo que fuera trivial si se presentara desnudo, que hará ver lo bello como sublime y lo vulgar como bello. Una voz modesta y humilde puede también despertar emociones profundas, duraderas, fructíferas, si se tiene la feliz oportunidad de llegar hasta el fondo de corazones nobles y bondadosos; y ahí, en lo profundo, agitar la cuerda sensible a tono con el ambiente del momento que pasa, pero íntimamente ligada por intrincado trabajar, en la madeja de los sentimientos, consiguiendo poner en armónica vibración un grupo de centros emocionales capaces de producir conmovedores transportes del espíritu.

El genio del hombre, avanza seguro aunque lento por el complicado y enzarzado camino de la ciencia, pero va abriendo la maleza de vez en cuando y plantando sus guiones en ese afanoso y perenne avanzar hacia el pleno conocimiento. ¿Quién no se admira al contemplar la pequeña, la insignificante ámpula de límpido cristal en la que la inteligencia humana ha encerrado una rejilla, un filamento y una placa? Una débil y ya casi moribunda palpitación del aire o del éter que no alcanza a producir la menor percepción en nuestros sentidos, se acerca agonizante a la mágica lámpara, la cual, con solo que la vibración minúscula esté en su diapazón, la toma en su seno, le da nueva vida, vida agigantada, la amplifica, la resucita y la transforma en un poderoso haz de ondas sonoras.

Así quisiera yo que esta noche mi insignificante y desautorizada palabra llevara un débil latido, una pequeña partícula del sentimiento que en mi alma y que ansía sin conseguirlo modelarse en formas literarias, llevara repito al fondo de vuestros corazones, simbólico almacén de sentimientos, y esta noble entraña haciendo las veces de la lámpara de los siglos.



elementos, lo recogiera benévola y le diera nueva vida grande, amplificada que fuera como un himno radiante de nobleza.

Lo quiero, lo deseo, pero no sé si pueda obtenerlo, no sé si consiga convertir esa emoción en palabras. ¡Ah! cuántas veces al escribir estos renglones, sentí el ímpetu de fustigar la mano torpe que no sabía trazar sobre el papel los sentimientos que embargaba el espíritu, cuántas veces hubiera querido desengranar los huesos del cráneo para dar más libertad, mayor amplitud al cerebro que no acertaba con la frase justa, ni el epíteto correcto, pero señores, no se me han dado esas dotes y tenéis que resignaros a escuchar un deshilvanado y pobre discurso.

Mas ¿cuál es ese pequeño fragmento; esa débil manifestación de un hondo sentimiento que deseara transmitir?

Señores, la emoción a que me refiero es grande y profunda, es un sentimiento de amor filial hacia nuestra Academia Nacional de Medicina. Nació en mí siendo estudiante, cuando venía a escuchar las serenas y sabias discusiones de preclaros médicos, cuya honorabilidad en el ejercicio profesional y amplios conocimientos en la ciencia que cultivaran, colocaron a nuestra Facultad en los primeros lugares de las Escuelas Médicas del mundo; se definió y acrecentó desde que la bondad de mis compañeros me trajo a este recinto, y ha alcanzado su máximo en el año académico que hoy termina en el que me cupo la alta honra de presidir sus destinos. Pero para expresar este sentimiento en toda su magnitud, fuera menester contar con dotes oratorias de las que yo carezco y esto me obliga a suplicar a mis oyentes perdonen lo débil de mi transmisión, y corrijan ese defecto con su inteligencia y su bondad para amplificarla y darle las dimensiones que justamente le corresponden.

El amor, el eje del mundo, el fecundo móvil de la existencia, al que da nueva vida y nuevos seres, el que ha sido, es y será la causa, el motivo, el impulso de cuanto útil, bueno y bello existe sobre la faz de la tierra.

El amor se halla en pugna continua, en perenne batalla, con un enemigo antagónico, el odio, y de sus luchas con este rival, unas veces triunfador, otras derrotado y a veces obligado a aceptar una tregua, surge la trama de la vida, del universo, desde las más sencillas relaciones de la mecánica elemental hasta los más complejos y grandiosos problemas del alma.

El amor es atracción, odio es repulsión. Si las moléculas de un cuerpo aciertan a ligarse fuertemente por la mutua atracción, constituirán un cuerpo sólido, es decir, un cuerpo firme que no deja fácilmente dividir ni separar sus fragmentos, que tiene una forma definida que le da una personalidad, un carácter y que a veces, como en las montañas, conserva ese carácter a través de los siglos, resistiendo airoosamente a los choques continuos de las fuerzas disolventes.

Si la atracción no domina a la repulsión, si el amor y el odio pactan una tregua, se formará un cuerpo líquido. Este ya no tiene carácter, ya no tiene forma, estos se los dará otro cuerpo, un sólido, la vasija en que están contenidos, se dejará dividir fácilmente, agitar, trasvasar, y hasta un soplo sería bastante para separarlas, regarlas y dispersarlas en mil gotas.

Peor aun si reina entre las moléculas el odio; la formación de un gas será su consecuencia, el cual si al nacer puede aun tener una forma semejante a una nube, muy pronto comienza a desvanecerse, a diluirse en la atmósfera y alejándose más y más, llegará al aniquilamiento y a la muerte.

Nuestra Academia es un cuerpo cuyas moléculas somos nosotros, llevamos en nuestros corazones los gérmenes del amor y del odio como todas las humanidades, pero a diferencia de las moléculas que no saben lo que les espera y son juguetes de las fuerzas, los hombres contamos con otros elementos: la conciencia, la inteligencia, con las cuales es posible cultivar, desarrollar, robustecer a alguno de los dos combatientes y hacer más fácil y seguro, ya el triunfo del amor sobre el odio o de este sobre aquel.

Luchemos por pertrechar con todas las armas de que disponemos al amor, a la amistad; su triunfo dará a nuestra asociación la firmeza del cuerpo sólido, tendrá personalidad y opondrá una inexpugnable resistencia a los ataques de la envidia, de la calumnia, de la comprensión o de cualquier otra maldad que osara por medir su pujanza con la de ella; no permitamos que esa fuerte liga se torne en tibieza, tanto equivaldría a licuar la Academia; perdida la cohesión, sería el juguete de los impulsos exteriores y tal vez alguno de estos, el sofisma, los prejuicios sería el soplo que la pulverizara.

No hablemos del odio, su sola presencia bastaría para aniquilarla en breves momentos.

Por eso, porque conocemos la fuerza que da la unión por el amor, por la amistad, porque deseamos para la Academia, la solidez del granito y la limpidez del cristal, por eso repito, los académicos nos consideramos como hermanos dentro de la institución y conceptuamos un deber ayudarnos mutuamente en nuestras investigaciones científicas, porque, en fin, sabemos que la unión sincera entre nosotros, equivale a dotarla de la fuerte coraza y la filuda espada con que ha de abrirse camino recto hacia el cumplimiento de su alta misión.

Así en compañía fraternal se trabajó en la Academia. Cada uno de nosotros trae a la consideración de sus colegas el fruto de su observación, de su experiencia, de su meditación, y los demás comentan y discuten.

Las discusiones serenas, medidas, en una palabra, científicas, aportan en mil diversas circunstancias conocimientos nuevos, resuelven dudas.

El reglamento que rige nuestra institución, marca con toda justeza cuál

es el objeto de la Academia. Ella debe dedicarse al estudio de las ciencias médicas de manera exclusiva, le está vedado ocuparse de otras disciplinas. Aun hay más, la Academia estudia la ciencia pura, sea o no de aplicación a la vida diaria, ya se utilice o no en el arte de curar su misión no es de iniciar a las masas en el conocimiento; ni hacer trabajos de divulgación poniendo las nociones de la ciencia médica a la altura de los no preparados, no, ella discurre por el campo de la especulación científica y sus resoluciones son para los ya doctos, ella debe hacer alta ciencia, ciencia selecta que está muy lejos de la sencillez necesaria para ser comprendida por el vulgo.

Otras corporaciones son o deben ser las encargadas del aprovechamiento de las conquistas científicas de las Academias. La Academia elabora, las demás agrupaciones reparten, propagan o aprovechan estos conocimientos. Tal es la importante labor que corresponde a las Escuelas, Universidades, Ateneos, etc., etc.

Otro punto del programa de la Academia es de resolver los asuntos de orden médico de las diversas dependencias gubernamentales tengan a bien consultarlo, tiene pues una función cerca del gobierno, emite su parecer, da su opinión autorizada, en cuestiones de su competencia y estos estudios o resoluciones son o pueden ser utilizados por las autoridades en bien de la sociedad.

Por este servicio cuya importancia puede llegar a lo trascendental, la Academia mantiene relaciones oficiales con las esferas del Gobierno y ello ha sido motivo de que en todos tiempos haya recibido un subsidio suministrado por diversas dependencias oficiales, hasta últimamente en que tal cargo lo había tomado la Universidad Autónoma.

No creais que sus labores hayan pasado inadvertidas o inapreciadas, por el contrario, desde la época en que el señor don Francisco I. Madero fué Presidente de la República, nuestra Academia fué declarada Benemérita y el diploma de honor que contiene tal declaración es conservado por nuestra sociedad con veneración.

En años anteriores hemos escuchado con placer ya de labios de los señores Presidentes o bien de los Secretarios, la relación de las visitas que médicos extranjeros han hecho a nuestra Academia y en verdad cabe regocijarse con tales sucesos que sin perder la severidad de los actos científicos, tienen un sabor de fiesta para nosotros.

Este año no ha de faltar en esta sesión solemne el momento agradable, en que he de referiros, cómo médicos distinguidos, sabios laureados, han venido a sentarse con nosotros y nos han hecho partícipes de su ciencia. Tócame por orden cronológico mencionar la interesante visita de un ameritado investigador de los Estados Unidos, el doctor Ziuzer, quien asociado con el doctor Ruiz Castañeda, nuestro ilustre compatriota, ha llevado a ca-

bo interesantes y útiles trabajos sobre la trasmisión del tifo, que abren nuevos horizontes a la lucha contra el terrible mal.

El relato de sus hazañas científicas hecho con sencillez y precisión dejaron imborrables recuerdos en los que tuvimos el gusto de escucharlos.

Algún tiempo después, un numeroso grupo de médicos norteamericanos que habían tenido un congreso en Fort Worth, vino a nuestro país, mitad como médicos y mitad como turistas e hicieron una cordial visita a la Academia. Los recibimos con la cortesía a que eran acreedores tan prestigiados huéspedes y ellos correspondieron con palabras bondadosas de afecto y de cariño que sin duda han contribuído a estrechar la amistad cada día más franca entre los colegas de ambos países.

Inolvidable será la noche en que tuvimos el honor de recibir a dos grandes figuras de la ciencia francesa, los doctores Nicolle y Vaquez. Si quisiéramos personificar la figura del sabio, cualquiera de nuestros dos visitantes serviría a la perfección como modelo. Hombres cargados de laureles, llenos de erudición, trabajadores infatigables que con su poderosa inteligencia y su austera disciplina han aportado nuevos conceptos y hechos nuevos a la medicina, llegaron hasta nosotros con modestia y sencillez como si no tuvieran conciencia de su alto valer.

Finalmente, durante las provechosas jornadas del Congreso Pan-Americano y con una amable solicitud que nunca agradeceremos bastante, varios colegas vinieron a esta casa a hacer obra de confraternidad.

El doctor Le Roy de Cuba, leyó un interesantísimo trabajo sintético de la obra de Finlay con datos y documentos precisos y valiosos y el doctor Paz Saldán pronunció un vibrante y elocuentísimo discurso, en el que a la belleza de la forma unió la solidez y riqueza de los pensamientos; su oración varias veces interrumpida por los aplausos, produjo intensa emoción en el auditorio. No puedo resistir a la tentación de copiar uno de los párrafos de la noble pieza literaria de nuestro colega limeño, que dice así: «Bien sabe la Academia de Lima que en las actividades de nuestros institutos no caben los apasionamientos, ni pueden, venenosas, brotar las influencias sectarias.

«Vestales al servicio de la ciencia y de la verdad en sus serenos ambientes solo tienen cabida la diáfana luz que irradia de la inteligencia y de la *Etica médicas*. Pero, no obstante tan optimista convicción, la realidad nos muestra, imperiosa, por doquiera, que tales predicados supremos se ven abatidos por las huracanadas luchas humanas, en que son tan pródigas nuestras nacionalidades en formación. De aquí la importancia de tratar de la forma como nuestras Academias han de hacer frente a tales embates, oponiéndoles sistemas apropiados para que, sin dejar de vivir identificados con las ansias colectivas, se mantengan, sin embargo, libres de todo aquello que puede desviarlas de su misión y de sus directivas fundamentales, tradicionalmente fijadas por su historia espiritual».

Lo copio porque dibujó con mano maestra un nuevo papel que toca desempeñar a la Academia en nuestros tiempos. El huracán derriba por igual los árboles sanos las yerbas dañinas y las más hermosas y delicadas flores. La Academia debe recojer oportunamente las flores y guardarlas preservándolas de los estragos del vendaval hasta que este haya pasado. En las convulsiones que forzosamente han de sufrir de vez en cuando la humanidad en su incesante evolución pueden naufragar así los viejos e inútiles moldes que sirven de cadena al progreso como los principios nobles y eternos que son la base de la sociedad.

La Etica médica tiene también principios que son inmutables y las Academias de Medicina tienen en deber de cuidar y protegerlos para poder transmitir a las generaciones futuras sin merma alguna, el tesoro recibido de los maestros.

Este postulado es todo un programa que deposito lealmente en manos de la nueva Directiva que comenzará hoy a desempeñar su delicada misión.

Réstame dar las gracias más rendidas en nombre de la Academia al señor Rector de la Universidad Autónoma, por su gentileza al aceptar nuestra invitación para presidir esta solemnidad. El prestigio de su persona y su alta posición en la cultura nacional dan realce y aumentan el valimiento de nuestra ceremonia.

A las sociedades científicas y culturales que han tenido la bondad de enviar sus representantes; y a ellos mismos personalmente, nuestros agradecimientos sinceros pues su presencia ha puesto un marco de distinción y respetabilidad a la velada.

A los distinguidos artistas que con su virtuosidad e inspiración han elevado nuestros espíritus hasta los planos serenos del arte en donde todo es bondad.

Y finalmente agradezco a todos vosotros la benevolencia sin límites con que habéis prestado atención a mis palabras.

LUIS RIVERO BORRELL.